

Adam Gallardo

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Adam Gallardo (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Salió detrás del tacho donde estaban los desechos, y desde la vereda efectuó una circunspecta revisión de los alrededores; Adam Gallardo supuso que los autos se detendrían al verlo, y así lo hizo un taxi de puertas negras y techo amarillo (con la fuerza de su espíritu instauraba a lo inmóvil). En ese hombre afloraban metafóricos poderes frente a observadores incomprensivos o atónitos de una realidad que les soplaba en la cara. Se hacía ver en una célebre punta de la ciudad sin apelar a virulentas denuncias, sólo señalaba con uno de sus dedos a los límites de lo cotidiano. Como los autos frenaban automáticamente apenas giraban, se exponía a frenéticas increpaciones de bocinas en forma crónica, y se quedaba firme sin depender de lo que dijera la legislación, la policía, o las desesperadas muecas de los que decían ser racionales. Andaba por la calle como un señor plagado con impulsos generosos, comparaba lo bello con lo fantasmal, y decía no ser un esclavo ni contentarse con la esclavitud. Con súbita entereza lanzaba un epíteto sereno después de afirmar que de Dios provenía la Aniquilación (eso más que un desafío era la exigencia de generar novedosas coordenadas dentro del pensamiento). No cesaba de evocar historias, adelantándose a aquello que pensaban los que creían ser inocentes; por cierto, reseñaba buenos ejemplos en cada una de esas encrucijadas.

Sus herramientas eran las palabras que encuadraban a geniales intuiciones, paradojas que se corrían de lo extremo y estilizado; también escribía sensatos garabatos sobre papeles que eran más estables que las arenas, y retenía en su memoria (esta era mayor que cientos de bibliotecas con desperdigados volúmenes que testimoniaban cada acción conexas que en algún momento se había realizado).

Algunos se alejaban de él con estupores agresivos; cruzaban a otra vereda cuando su presentación se hacía inminente, puesto que no querían aventurarse en aprendizajes que denotaran la transitoriedad de sus vidas, o valieran para encontrar los mancillados orígenes de las cosas. Pretendían resguardar sus conciencias y pensar en el tiempo que les había demorado hacer el viaje en subte. Mientras recorrían las alturas numéricas de esa avenida no querían saber nada con las profundidades

del conocimiento ni despegarse de la comodidad de la ignorancia. No se dejaban cautivar por la rudimental elegancia desplegada por Adam, al que imputaban ser un habitante de las alcantarillas antes que del mundo (se empeñaban en despreciarlo, ¿con qué fin?). Evidentemente, no comprendían que había un sabio detrás del que en apariencia era un monigote; se trataba de un individuo cuya gravitación producía sencillas alteraciones en el universo. Sacaba conclusiones de antiguas paradojas al permitirse leer lo que estaba escrito en los cielos, pero no se advertía a simple vista; asimismo, recordaba lo que debido a múltiples y superpuestas aflicciones los demás habían olvidado. Registraba lo que pasaba desde una tranquila periferia mientras se frotaba la cara con las magníficas aguas que emanaban de una fuente.

Después de subir a su cuadrangular despacho por la escalera, José Berridaz fue cercado por feas noticias acerca de las actividades de Adam Gallardo. Durante la extensión de una tarde que hasta entonces no había tenido una identidad definida, abrió el sobre con el reporte que no se apreciaba distinto al de miles de otros que se apilaban con el objeto de mantener la higiene en la ciudad. Gallardo no encabezaba rebeliones ni pulverizaba las bóvedas de bancos internacionales, pero se desbordaba de lo conveniente; ubicándose en sucios huecos de las calles, se declaraba "aquel que jamás rendirá cuentas ya que nunca se ocultó en el silencio". Era una especie de filósofo mugriento que sobrevivía gracias la caridad de algunos vecinos.

Al leer algunas referencias anotadas por su superior, la impresión de Berridaz distó de ser satisfactoria; ese hombre se desligaba de la normatividad o por lo menos no se incluía en sus fronteras seguras, y frente a los casuales gentíos se erguía como un iluminado. Se representaba a sí mismo como lo contrario al hombre común, alguien que se había desprendido de las irresistibles sombras de las edificaciones.

Sentimientos de repulsión se atenazaron en la cara de Berridaz; el Gobierno le encomendó la tarea de sacar de la calle a ese hombre que afirmaba ser un emisario espiritual, pero era un demente que hacía tropezar a la gente con su acumulación de basura. Este, decía que su misión consistía en permanecer en esos pórticos con la idea de explicar la plenitud que aún no se encontró, pero había sido confundida con mentiras. El hombre aseguraba transmitir a los recónditos basamentos de la humanidad, y que aquellos que no lo querían, estaban siendo perseguidos por sus vanidades. ¿Quién tendrá que huir al final por haber instalado trampas reales? Como Adam nunca se escondió de lo infinito y absoluto, nadie tenía por qué procurar su captura o rescate.

Cuando llegó exhibiendo su potestad, Berridaz le explicó las burdas consecuencias de lo que hacía. Su coyuntura le parecía un panorama desolador. Vivir en la calle no era un brillante ardid, y la noche impura nunca fue un palacio sin espejos (tampoco los códigos del firmamento

eran sentimentales ya que desembocaban en pequeños apocalipsis). Esa indeseable presencia suya entorpecía el paso y rompía a la indiferente armonía de la ciudad. De acuerdo, compartía sus dones con los que pasaban, pero a cambio recibía rispideces que en ocasiones se convertían en crueldades tremendas. Si recapacitaba, vería que esas referencias ambientales no eran las más adecuadas.

Para ese funcionario resultaba innegable que de Adam Gallardo no brotaban sabidurías sino bullicios. José Berridaz cumplió con los debidos protocolos, aunque cayó en el tremendo error de estimar a Gallardo según lo que se decía puertas adentro. Y eso no se debió a que era tonto, sino a que no pudo deshacer sus ataduras burocráticas, y la elocuencia de Adam perpetuaba su aprensión a ser vencido. La reputación de ese linyera había arrancado paredes como si fuera un destructivo huracán... en las entrañas de la ciudad se hallaba un recóndito peligro: Adam revelaba secretos preciosos que, si no les diera voz, se extinguirían.

Ese hombre no era un engañador, por el contrario, hilvanaba las pistas de las personas de rostros pétreos que se acurrucaban ante la ausencia de certezas. Les aseguraba que no había que cumplir con rastreras obligaciones, y eso causaba una sincera preocupación. Les pedía que se limitaran a ser amos de sí mismos y no quienes encabezaban locas jaurías. A veces los cielos inventaban lluvias para acallarlo; la gente se dispersaba y el sol dejaba de irradiar luz en donde se paraba.

Adam Gallardo tenía tal ingente magnetismo, que la gente buena lo abastecía con alimentos, a esta le pagaba con poesías de vítores escandalosos. A veces eran simples aleluyas al amor, y en otras ocasiones declaraba su gran ternura por los jardines y los perros, pero jamás estableció como estela de sus observaciones a las habituales obsesiones monetarias.

Persistía en ese empeño, y nadie aseguraría que estaba loco o que poseía alguna intempestiva genialidad. Revolvía los valores usuales y confirmaba que el hecho de cerrar los ojos no significaba que se expandieran las nieblas. A menudo hacía pasar al barro por oro, y enmarañaba a bizantinos hechos con benévolos pandemonios que refinaba con susurros angelicales. Con dosificada furia explicaba lo que había que hacer para que ninguna catástrofe se desencadenase, y cómo se debía vivir. Era un personaje que no tenía maldad pese a los denodados intentos de la Autoridad en sorprenderlo en algo impropio. Era claro que esta no quería que su tendencia a "divagar" se consolidara entre los habitantes de la urbe.

Quienes lo conocían y se encimaban sobre esos asfaltos, interrumpían sus faenas para saludarlo, asombrarse con sus narraciones, y recibir como un milagroso remedio a sus inquietantes alegorías. Con humildad bajaban la cabeza y al escucharlo sentían una potente conmoción en sus pechos.

Adam les lanzaba indicios que lo lejano era alcanzable, les decía que más allá del norte de la ciudad había un río ostentoso, y quienes, como él, habían salido a su búsqueda, hallaron a la misericordia.

Una mujer le espetó que lo que decía era una tramoya, pero de ella provenían los fideos angostos que él ponía en su caldo cada mañana. Traía abundantes porciones que calmaban al hambre de Adam y las torpes tendencias que de este derivaban. El ángel de Adam se llamaba Aída, y no perdía vitalidad pese a que los años se instalaron inflexibles en su cuerpo y rostro. Era una vecina común y corriente que se paraba ahí con el objeto de escucharlo, a pesar de que mucho no entendía.

Adam Gallardo revisó con la mirada a los edificios que se elevaban bajo la pálida luz de ese junio, y les habló como a desafortunados y arrogantes gigantes. En ellos los hombres se ocultaban, y un ligero enojo se instaló en los modales de Adam.

Entendiendo que era una Señal, cuándo arribaba Aída se ponía inmediatamente de pie, y le hablaba de los viajes que había hecho por mar, aunque jamás se había alejado de esos familiares bloques de concreto. Se explicaba como un viajero cuyas faltas habían sido purgadas, y que nunca se ahogó frente a las blancas espumas del cielo.

José Berridaz le explicó que lo conducirían a un refugio donde no amagaban las locuras. Los peligros se ataban a su situación de vulnerabilidad; no era saludable permanecer en esos bordes de cementos, latas, y bolsas con residuos. En esas arterias las muchedumbres marchaban sin especificidad, y por más que se intentase contemplarlas desde otro ángulo, nunca nadie las tendría como halagüeños hogares. El funcionario de blancuzca barba candado le aportó esa preocupación.

Pero Gallardo le dijo que no debía alarmarse ya que las calles eran una de las tantas herencias recibidas. En estas se podía pensar, bailar, o balancearse repetidamente en un rincón antes de enterrar en tachos de residuos a los pobres pájaros que de tarde en tarde caían muertos.

Berridaz se fatigó en convencerlo, mientras Adam le aseguraba que se distanciaba adrede de los centros de poder, y que en sus pensamientos nunca albergó entrar en disputas con las esferas políticas; su único interés era comunicar las fundamentales razones que hacían que uno respire sin acatar los descalabros que traían pánico o vergüenzas.

Adam se había separado de la historia, de las guerras y de otras sangrientas series. Desconocía las fechas que asignaban los almanaques, sus pasiones eran sencillas, y no exhibía ambiciones reconocibles.

Eso fue lo que dijo mientras a los costados pasaban peatones que jadeaban, se indignaban, o directamente se desviaban unos metros para no tropezar con "estorbos". A ellos los nominó cuidadosamente, y les pidió

que se regocijen porque recibirían ayuda. Los convocaba a hacer ejercicios de entendimiento sin arrugar la frente.

José Berridaz le dijo que aún entre príncipes imperaban ciertas leyes, ciertas costumbres, ya que estaban condicionados por lo que hacían los otros. Estos no se sentaban en las esquinas, ni decían que eran independientes mientras proclamaban que sería súbita la ruina de los que no sabían cómo encaminarse. Por lo que lo instó a que se escurriera de los tentáculos de la calle.

Adam Gallardo le respondió: "Esas cosas son tan ambiguas como aquellos jeroglíficos que se abrieron de la antigüedad; los sueños no han perdido su influencia y es bastante con dormir y despertar. Y no hay que seguir tirando de la cuerda, ni tratar al toro como si fuera una mula". Luego arrancó una ramita de un árbol con la que indagaría acerca de un secreto olvidado.

El joven que estaba detrás de Berridaz se identificó como Pablo, y le explicó que la intención de la municipalidad era sacarlo de la calle y emanciparlo.

Gallardo lo reprendió: "Debes ser despedido como es frecuente proceder con aquellos que traen instrucciones: Ustedes creen en normas y reglamentos, yo en cambio en la naturaleza".

Jose Berridaz hizo una mueca con la que graduó a su rostro en forma risueña y torcida, luego escuchó un sueño de Gallardo que fue de una insoportable ridiculez; además tuvo que calcular cuales eran los nombres de las avenidas que el indigente había rebautizado. Pero el fervor de Adam decreció cuando intervino Aída, quien acostumbraba a defenderlo de aquellos que se congregaban para confrontarlo; llevaba a cabo duelos verbales que se tensaban hasta que menguaban los entusiasmos deprecatorios del adversario casual.

Debido a esa intromisión, hubo un repliegue en los conceptos filosóficos de Adam, un amaneramiento de su sabiduría, y la propagación del pudor que le creaba la posibilidad de que sus propuestas fueran demasiado avanzadas para la gente. Esa agradable mujer con la que se vinculaba a diario, lo estremecía con sus conclusiones absurdas, e indeterminaba a su carácter al desbaratar la avidez que el público tenía en aprender. Creía que lo hostigaban, exageraba al propiciar innecesarias discusiones, y después de sacarse un pañuelo con el que se sonaba la nariz, se volvía más peleadora.

Aída se subordinaba a un mismo tema, y trastornada con su buenaza irritación, sostuvo que "era bueno que el muchacho continuara matando dragones ya que así aliviaba al mundo de los graznidos del fuego". Le aclaró a Berridaz y su ayudante, que Adam no era ningún mendigo y que

vivía feliz con el auxilio de la comunidad.

Para Adam ese encuentro se escindió en duros formalismos, y más que adecuarle a pregonar sus sinceras convicciones, le generó aflicción. Ante ese distorsivo cuadro, el hombre no logró apuntalarse manso en su señorial estatura y se coló tensión en su mirada. En ese momento Adam Gallardo perdió la cuenta de quién era, o mucho peor: quién debía ser. No era que tuviera miedo, pero quedó paralizado.

Habiendo estado en un primer plano del planeta observando a sus deslumbrantes maravillas, era inexacto juzgar si era un demente o un gigante. Ahora, en el medio de esa estación, lo apremiaban representantes de la Ciudad que querían llegar a un acuerdo.

Ante estos, su respuesta fue que había tomado agua del río saludable y se refrescaba con los vientos.

Aída aplaudió a esas palabras que probaban que Adam era un poeta genuino.

Epílogo

Cuando en el albergue un doctor lo revisó, Adam replicó a típicos gorjeos de los pájaros que como él vivían al azar, pero habían tenido que aceptar con sumisión al insondable destino de una jaula.

Fin